

Comunidad de Sant'Egidio

Visita de Benedicto XVI al Comedor de Via Dandolo

Saludo de Andrea Riccardi al Santo Padre en el Comedor de la Comunidad de Sant'Egidio

Beatísimo Padre,

grande es nuestra alegría al verle sentado en el Comedor de la Comunidad de Sant'Egidio, comensal y amigo de este pueblo particular que aquí está como en casa. Aquí comen cada día unas mil personas en varios turnos. A menudo son personas heridas por una vida dura, sobre todo con la crisis económica. Pero ¿acaso no estamos todos heridos por la vida, por el bien no hecho o por el mal elegido? De estas distintas heridas surge la necesidad de amor: dar y recibir amor.

Así, alrededor de estas mesas, se forma una familia: no sólo se come, sino que se habla, se entabla amistad, en un entorno no gris, sino hermoso. Porque es hermosa la familia, en la que recibe la dignidad de hermano aquel que tiene sed y hambre o aquel que no tiene casa o es extranjero. A menudo nuestra sociedad, dominada por la dictadura materialista, tiene miedo de quien es distinto. Sociedad convulsa sin fundamento profundo. Pero nosotros hemos encontrado el fundamento descartado, el Santo Niño de Navidad, el niño descartado en el albergue, el Hijo de Dios.

Ser amigo de los pobres hace crecer el cristianismo. Enseñaba el Gran Gregorio: "inclinándose al prójimo, uno adquiere la fuerza para estar erguido; doblándose, uno se yergue; con la ternura, uno se refuerza... La caridad que nos hace humildes y compasivos nos eleva hacia el alto grado de la contemplación".

Humildemente y firmemente, queríamos decirle a la sociedad, asustada e inhospitalaria, que debe redescubrir la roca del fundamento. Sólo así no tendremos miedo del otro, de quien sufre o ha hecho terribles viajes para encontrar paz. Es muy necesario ser acogido en el gran mundo y en esta nuestra sociedad de "yo" solos.

El "nosotros", que acoge el amor de Dios -Su Santidad lo decía por Navidad- es una casa basada en la roca, que sin miedo tiene las puertas abiertas. Por eso, Santo Padre, estamos contentos de ser este "nosotros", porque la mediocridad de cada uno de nosotros se transfigura. Con convicción nos sumamos a Sus palabras de Navidad: "¿qué don, formar parte de una comunión que es para todo el mundo!".

Este comedor, la acogida a los necesitados de roma y del mundo, es obra de muchos. Cuando Sant'Egidio habla de amor encuentra respuesta entre la gente mucho más de cuanto se cree. Aquí, muchos, sirviéndose y dejando que les sirvan, han encontrado el amor y han descubierto a Dios, fundamento del amor, y se han transfigurado en un "nosotros". Entre muchos otros, recuerdo a un padre blanco, que servía aquí, como otros jóvenes o seminaristas, frère Christian Chessel, martirizado en Argelia en 1994. He aquí el vínculo entre diaconía de los pobres y martirio, del que nos hablaba el día de san Esteban.

Aprovecho esta ocasión extraordinaria para decir gracias a los amigos que aman a los necesitados, a los necesitados que ayudan a otros. Pero sobre todo, en Su presencia, querría decir gracias a los pobres, porque nos han ayudado mucho, enseñándonos a no vivir para nosotros mismos: verdaderos maestros y compañeros para la Comunidad. Gregorio Magno, ayudando a un pobre que lo molestaba mientras estudiaba y meditaba, encontró al ángel que lo acompañó durante su ministerio. Los pobres han sido ángeles que han protegido a Sant'Egidio.

Padre Santo,

nos hace un gran don con Su presencia: es la primera vez en tiempos modernos que un Papa va a comer a un ambiente al que van las personas con las que no comparten la mesa los ricos, los importantes, los televisivos, los sabios. Que el ángel del Señor, que sin duda está entre nosotros, lo proteja y acompañe los pasos de Su pontificado para el bien de la Iglesia, de este nuestro mundo, y de Su venerada y amada persona. ¡Ad multos annos!